Ahora me toca a mí

Después del susto, el joven abrazó cariñosamente al anciano. Yo quise escuchar lo que hablaban.

–¿Te acuerdas de cuando me llevabas al colegio y me explicabas lo del verde, amarillo y rojo?

–¡Cómo no! Menuda ilusión me hacía acompañarte. Me lo pasaba genial contigo, menuda imaginación tenías, decías que el parque era una selva y empezabas «¡mira, yayo! ¡Un gorila por allí! ¡Una jirafa por allá! También se reían otras personas que esperaban la luz verde para cruzar la avenida.

–Sí, pero recuerdo que todos no esperaban, ¿eh? Que muchos cruzaban en rojo y tú me decías «Ni caso Diego. Tu cruza siempre en verde y llegarás a viejo». El caso es que a mí, entonces, no me hacia ninguna ilusión ser viejo, ya ves.

–¡Ja, ja! Claro, normal. Uy, ¿y aquella vez en que te dije en este mismo paso de peatones, mira arriba y abajo de la calle antes de cruzar y tú, en lugar de mirar hacia la derecha y hacia izquierda, miraste al suelo, luego hacia el cielo y arrancaste a a cruzar? Menos mal que no venía ningún coche. ¡Ji, ji,!

–Me acuerdo, sí. Pues ahora, aplícate tú el cuento y mira bien antes de cruzar, que buen susto me has dado antes. Si no te cojo del brazo, te engancha el patinete ese que bajaba lanzado por el carril bus.

–Pero es que no puede bajar por ahí, por eso no lo he visto.

–Abuelo, no lo has visto porque no has mirado, reconócelo.

–Bueno, a lo mejor, tal vez. Pero no te enfades, no se lo cuentes a tu madre.

–No te preocupes que no me chivo, pero no lo hagas más, por favor y déjame acompañarte, ahora me toca a mí. ¿Cómo me voy a enfadar contigo, con lo que te quiero?

Helga Zapo Gordo